



EL SUJETO, NOMBRE DE LO EXCÉNTRICO

PAULA HOCHMAN

RESUMEN

Tanto la segregación moderna que apunta a la desaparición de la diferencia como el igualitarismo globalizante que vuelve uniformes los discursos, son estrategias complementarias e inviables para vivir con un cuerpo en el Lenguaje. El sujeto surge como efecto de una diferencia significativa y en una relación excéntrica con el yo.

Una contribución fundamental del discurso del psicoanálisis para afrontar el problema acuciante de la segregación en nuestra época, es hacer oír la estructura del narcisismo como un nuevo principio de identidad. Aquel que escribe lo idéntico en la diferencia. Si se elimina la diferencia, se elimina la identidad. Por lo tanto, el ideal segregativo de acaparar una identidad en lo idéntico, no encuentra condiciones de realización.

No hay otra salida más que la de ser incautos de la estructura del Lenguaje. La violencia de la pretensión, el capricho o el privilegio tienen sólo la posibilidad de destruir pero no de triunfar sobre lo real

de la castración que se traduce en lo que Sigmund Freud y Jacques Lacan llamaron: deseo.

Palabras claves: Sujeto; diferencia; segregación; deseo.

THE SUBJECT, NAME OF THE ECCENTRIC

SUMMARY:

Both modern segregation pointing to the disappearance of the difference as globalizing egalitarianism which makes uniform speeches, are complementary and non-viable strategies for living with a body in the Language. The subject arises as a result of a significant difference and an eccentric relationship with the self. A key contribution of the discourse of psychoanalysis to deal with the pressing problem of segregation in our time, is to hear the structure of narcissism as a new principle of identity. One who writes the identical in the difference. If you delete the difference, identity is removed. Therefore, the



segregation ideal of hoarding an identity in the identical, does not find conditions of realization.

There is no other way out than the be unwary of the structure of the Language.

The violence of the claim, the whim or the privilege have only the possibility of

destroying but not succeed on the real castration that translates into what Sigmund Freud and Jacques Lacan called: desire.

Keywords: Subject; difference; segregation; desire.

*No hay lugar para el sujeto en el igualitarismo,
el discurso es el nudo con la alteridad*

La relación excéntrica, el carácter excepcional del sujeto en relación al yo constituido por identificaciones imaginarias, el hecho de que el sujeto surge como efecto de una diferencia significativa que no puede ser contenida por la « globalización » de los yo en una masa, son cuestiones básicas del discurso del psicoanálisis. Sin embargo, los nuevos prejuicios igualitaristas de la época que vivimos, vuelve acuciante la necesidad de formular una y otra vez esas cuestiones básicas.

El texto que encabeza los escritos de Jacques Lacan, « El Seminario sobre « La Carta Robada » », empieza afirmando que la insistencia de la cadena significativa es una noción correlativa a la de la « *ex-sistencia (o sea :el lugar excéntrico) donde debemos situar al sujeto del inconsciente, si hemos de tomar en serio el descubrimiento de Freud*».

Fue en los tropiezos en el discurso, en la palabra o el acto incongruentes, en los síntomas excéntricos de la histeria, donde Freud descubre al sujeto . « Ello » insiste y desadapta al sujeto, el cual, en posición analizante, advendrá donde ello habló, es decir, asumiendo su excentricidad, la toma a su cargo para leerla y dar sus razones que son las del deseo.



Analizarse es encontrar las razones de eso excéntrico en el sujeto y que lo constituye. Lo excéntrico de su lugar no es una falta de racionalidad, sino una razón que escapa a la razón clásica o científica, una razón que es la del Lenguaje donde se aloja el sujeto, que aparece como excentricidad, desvío, defecto, error.

En la adaptación al sentido no hay emergencia del sujeto. Sólo la hay en la diferencia, en la discordancia que dá entrada al sujeto en el discurso del Otro.

Partimos de una definición: el Lenguaje es una estructura de desvíos. Roman Jakobson definió al fonema, mínima unidad lingüística, como la que se vale de la alteridad para crear significación. El valor del fonema es un valor de alteridad, es decir, opera por oposición a otro fonema. Con lo cual se reconoce que el sentido no es intrínseco a las palabras, ni hay sentido en el fundamento del sentido, su fundamento es una pura oposición.

En el psicoanálisis se va a llamar « significante » al fonema, y sus efectos de significación son efectos « sujeto ».

Cuando Freud, según escribe en La Psicopatología de la Vida Cotidiana, toma de su escritorio al diapasón en lugar del martillo, es desde una concepción del lenguaje que coincide en definiciones importantes con la jakobsoniana, como encuentra las razones literales de su error.

Tanto diapasón como martillo aparecieron, en el texto creado por sus asociaciones, como significantes del insulto. Recuerda a un niño idiota, el último en haber tomado dicho diapasón en su consultorio, y a quien no fue fácil persuadir que lo devuelva a su lugar. Martillo, « hammer » en alemán, transliterado al hebreo, « hamer » significa: burro, idiota.



Es así como esos dos significantes quedaron igualados en su función de significar al insulto. Al perder su oposición significativa, era indistinto tomar el martillo o el diapasón.

Este acto de término erróneo muestra el funcionamiento excéntrico del sujeto correlativo a la insistencia significativa.

Es en la lectura de una torpeza, y las hay muy excéntricas, donde el inconsciente se dá a leer.

En suma, las condiciones de emergencia del sujeto, son las del desvío de la intencionalidad y del sentido. El sujeto puede surgir en las condiciones de la metáfora que es por definición una desviación del sentido. Ya que la metáfora es una sustitución inesperada, como en la torpeza, donde un significante fuera de lugar genera un nuevo efecto de significación, un efecto « sujeto ».

Por lo tanto, la noción de normalidad como adaptación a lo que exigen los prejuicios y la ideología de la época, no es una noción sostenible en el psicoanálisis. Nos enseña Lacan que el neurótico, el perverso, y el psicótico son normales en su estructura, y lo determinante es la posición analizante. La ética freudiana pide al sujeto advenir donde ello era. Es a partir de ese advenimiento a la verdad como el sujeto podrá decidir su política, es decir, su ética.

No se trata de eliminar la excentricidad del sujeto sino de darle un lugar en un discurso. Es más, el lazo social se fundamenta en la diferencia entre el sujeto y el otro; hay discurso, es decir, lazo social, si el sujeto cuenta con la referencia a la alteridad para constituirse. En el igualitarismo, no hay lugar para el sujeto, no hay discurso, hay un agrupamiento de masa que ahoga la palabra.



El narcisismo: la identidad en la diferencia

El narcisismo freudiano pone en juego un nuevo principio de identidad, que se escribe $i(a)=a$. Es una estructura donde se identifican dos términos diferentes, donde se conquista una identidad alrededor de una diferencia. El cuerpo amorfo y fragmentado que se identifica a la imagen unificada del espejo, es el nuevo acto psíquico en el estadio del espejo, donde en el narcisismo se alcanza la composición del cuerpo en una imagen ideal que viene de afuera. Por la identificación, el sujeto de un cuerpo amorfo dice « yo » en el lugar de la imagen unificada del espejo, en el lugar del objeto, y lo dice de una manera anticipada. En suma, en el narcisismo el sujeto logra su composición como cuerpo por medio de la apropiación de una imagen que le es extrínseca y extranjera.

Así, el narcisismo es la estructura de una dinámica de lo extraño en el corazón de la identidad. La identidad narcisística no es la mismidad entre el cuerpo y la imagen, no es $a=a$, sino $i(a)=a$, donde la imagen especular es una imagen « extranjera » promesa de unidad, sobre la que va a formarse el yo.

De resultas de ello, el narcisismo es la estructura de un desgarramiento, de una tensión libidinal, ya que el yo como unidad imaginaria, es la ortopedia inestable de un cuerpo fragmentado. Reconocer el grano de alteridad en la propia identidad, es la única operación capaz de dejar sin ningún efecto la pretensión de eliminar al portador de una diferencia. Quien intente, apoderarse de la identidad como mismidad va a encontrar la irreductible diferencia en la estructura del narcisismo por la que esta constituido. El inevitable punto de llegada para el agente de la segregación es confrontarse a su propia portación de la diferencia, confrontarse a la estructura del narcisismo. En pocas palabras, la política de la eliminación del « diferente » no es viable, ya que es la política de la propia extinción.



Hay una necesidad de la diferencia para vivir en el lenguaje. Por ello, la solución a la segregación violenta, no es el igualitarismo globalizante sino el reconocimiento de la diferencia. Ahora bien, reconocer no es un gesto de tolerancia o de buena voluntad.

Reconocer la diferencia no es tolerarla con benevolencia sino es hacer operable su función constitutiva. ¿De qué manera? Mediante la función que en el discurso soporta la diferencia y que se llama: « nombres del padre », que son significantes banales vueltos excepcionales para un sujeto.

De lo que se trata, entonces, no es de borrar las diferencias como modo de evitar la segregación violenta, sino de reconocer las diferencias sin asimilarlas a una jerarquía. Se trata de reconocer las diferencias como tales sin atribuir más valor a una que a otra. Es decir, la discriminación segregativa trata las diferencias según la escala de lo superior y lo inferior.

Toda la injusticia del desprecio segregativo reside en tratar la diferencia como una diferencia jerárquica, desconociendo que la diferencia como tal es una necesidad para producir significación y que, por lo tanto, no hay diferencias mejores que otras. Tristemente, la reivindicación igualitarista como oposición a la segregación brutal, desconoce también esa necesidad y conduce al desierto. Ya que si todo es igual, nada significa nada.

El Nombre del Padre, la separación que funda el lazo social

Cuando en la Alocución en el Congreso sobre la psicosis del niño, Lacan dice que el problema más acuciante de la época es el de la segregación, pregunta *cómo hacer para introducir separaciones en masas humanas consagradas a un mismo espacio*. Es decir, cómo reintroducir las diferencias que el imperialismo globalizante borra.



La diferencia no es un obstáculo para el lazo social sino todo lo contrario. Es esa diferencia llamada « nombre del Padre » lo que permite el desarrollo de cualquier discurso. El obstáculo es más bien el rechazo de la diferencia, o la ilusión oscura de una igualdad que ahogue cualquier esbozo de conflicto. No se puede articular un discurso en el sacrificio sistemático de la particularidad y ni siquiera es necesario. Existen los medios para articular las diferencias en el lazo social, son los « nombres del padre ».

La diferencia que introduce el nombre del padre separa los cuerpos y transforma la masa en un lazo estructurado como un nudo borromeo. En un nudo borromeo cada anillo es significativo, ya que si se retira cualquiera, el nudo se deshace. La manera borromea de anudarse entre sí es infinitamente más firme y segura en su capacidad de articular cada sujeto, que la estructura de la masa que es la de una simple cadena de anillos enlazados donde dá lo mismo un anillo más o un anillo menos, un cuerpo más o un cuerpo menos.

El Nombre del Padre es el nombre de la diferencia que pacifica. Pero su función es muy difícil de reconocer, ya que supone reconocer a un significante banal y a la vez excepcional.

Hay la facilidad del Ideal, que produce segregaciones locas. Boca-River. Allí, se deja de pensar, de leer. El sujeto se reduce a una bandera y se asemeja al animal. La función del padre no es sostener un Ideal sino un significante banal y excepcional.

Al sujeto le cabe la tarea de leer en el emblema del Ideal un significante banal y excepcional. Es decir, anudar R, S, I, mediante una metáfora. Una metáfora es banal y excepcional. Es muy distinto a la idealización de la metáfora. Una palabra simple, articulada en un lugar inesperado, puede dar lugar a una metáfora excepcional. La grandilocuencia no es lo propio de la metáfora sino lo propio de la idealización que no



empuja a ninguna creación de sentido, dado que la idealización no aspira a lo nuevo sino a conservar lo que el Ideal consagra.

El narcisismo en el Lenguaje y la segregación

La violenta segregación moderna que Lacan indica como el problema más acuciante de la época y de la cual el deliro nazi en el siglo XX habría sido un jalón precursor, es la expresión en el discurso de un rechazo del narcisismo.

Ocurre que Freud, en una « subversión sin precedentes », en el año 1914, nombra « narcisismo » a una estructura por la cual el cuerpo se constituye en el Lenguaje por medio de un desdoblamiento. El sujeto de un cuerpo fragmentado y amorfo toma a su cuerpo como objeto y se identifica con la imagen unificada del cuerpo en una superficie virtual de proyección.

La imagen especular objeto de la identificación narcisista que forma al Yo, introduce una alteridad, un extranjero, en la conformación misma de la identidad. Es la subversión relativa a una identidad no idéntica a sí misma, ya que el cuerpo narcisístico está hecho de dos: el cuerpo propio y el cuerpo especular. La proyección del cuerpo propio es el primer objeto que se constituye y que dará acceso a los objetos del mundo, y ese objeto – que exhibe el prestigio de la forma- es un *otro* que se ubica en el corazón libidinal del yo.

Lejos está el narcisismo freudiano de una idea vulgar de apego a un sí mismo. No hay en el yo un sí- mismo sino un sí- otro. El egocentrismo tiránico del yo(moi) que denunciaba Pascal¹, es un trastorno del narcisismo y no « el narcisismo » como tal. El sujeto practica el desdoblamiento narcisístico cada vez que se hace extrínseco a un texto que al mismo

¹ B. Pascal, « Pensamientos », 455.



tiempo lo implica. Es la dinámica corriente del analizante que comenta lo que dijo sin saber.

El sujeto surge en una relación al Otro y el narcisismo hace de eso su matriz.

Recordemos que el Otro se estructura en una red significativa de donde se desprenden el sujeto como efecto y el objeto como causa. Ni el sujeto ni el objeto-causa pueden ser reintegrados a la cadena significativa. Por eso sobre la A (inicial del Otro, Autre en francés) que Lacan convirtió en matema, se traza una barra que la tacha. Para que un significativo produzca efectos, necesita de otro significativo.

Esta necesidad de la diferencia para significar, hace del funcionamiento del lenguaje un lugar de incertidumbre. La significación es siempre algo a conquistar, el sujeto es a producirse cada vez, es siempre novedad y no tiene más garantía que su acto, la metáfora que produce al sujeto no tiene más garantía que su lectura. Es el borde traumático del significativo que no puede preverse ni cristalizarse para funcionar como tal. En el mar de los sentidos previsible, no hay lugar para el sujeto.

Es el callejón sin salida del amor como estrategia para acaparar a un Otro previsible para sí.

Ya que eliminar la incertidumbre del significativo por medio del sentido que ese Otro garantiza, elimina las condiciones de existencia del sujeto y convierte al amor en un sentimiento cómico (Lacan, 1998, p.136). Amar en el lenguaje le plantea al sujeto el desafío trágico de desistir la garantía y articular el deseo al deseo del Otro, es decir al enigma que lo constituye.

La lengua como tal es una infracción a un sistema codificado de sentidos y a una fijación del uso. Hablar en el lenguaje no es equivalente a la comunicación animal, donde por



ejemplo las abejas mediante una danza codificada comunican a las otras el lugar del alimento. Ellas no equivocan la danza y las otras no dudan de la veracidad de la información. Sus técnicas no tienen la verdad como referente sino la exactitud.

En cambio el lenguaje es el reino del equívoco, y por eso no se comunica sino se significa.

Se habla por medio de figuras creadoras de sentido y una lengua no será sino el sedimento de esas figuras. El sujeto es el de la metáfora, no es algo coagulado en un sentido, no cuenta con la certidumbre de ser esto o aquello, sino que es efecto de ese desvío fundamental que se llama metáfora.

Los lapsus son una infracción al buen uso previsto de las palabras, que en la enunciación encuentran su legitimidad. Para que entren en el discurso es necesaria una lectura, salir de la cristalización significante y entrar en el dominio de la creación. Un lapsus propio o ajeno produce un despertar, un despertar al modo de funcionamiento del lenguaje.

El reconocimiento de la enunciación es la disposición a afrontar el no-ser correlativo a la revelación del saber inconsciente, es la ética del sujeto en el lenguaje. Y el reconocimiento de la enunciación plantea al sujeto poner su narcisismo en movimiento. Le exige sustraerse del enunciado y despertar a un saber. El lapsus no es una herida narcisística sino un despertar.

Sólo la paranoia del yo(moi) registra como daño la experiencia del significante.

Pero la metáfora alcanza al cuerpo, sorprende más que asombrar, y hay un goce al encontrarla. La idealización transcurre en el adormecimiento y es una pasión triste.

La segregación moderna es un hecho inédito en la historia. Difiere de la xenofobia de todas las épocas e incluso del racismo. Apunta a eliminar la diferencia como tal, la



incómoda diferencia que exige una lectura. Apunta a eliminar la lectura que es un acto del sujeto y del cual el sujeto es efecto. Borra las diferencias por la globalización, promueve la información en lugar del estudio.

Es lo que señala Lacan cuando habla de los campos nazis: *« lo que hemos visto emerger en ellos, para nuestro horror, representa la reacción de precursores en relación a lo que irá desarrollándose como consecuencia del remodelamiento de los agrupamientos sociales por la ciencia, y especialmente por la universalización que ella introduce. Nuestro porvenir de mercados comunes encontrará su balanza en una extensión cada vez más dura de los procesos de segregación »* (Lacan, 2001, p.257)². Cuando antes de morir, Claude Levi-Straus, el gran etnólogo y apasionado por las diferencias, decía: *« me apresto a dejar un mundo que no me gusta »*³, no podía referirse a otra cosa.

El avance de la segregación amplía su campo para alcanzar a cualquier sujeto que lea.

La lectura es la dinámica propia del narcisismo, ya que leer es hacer decir a un texto del cual el lector forma parte. En términos topológicos, se efectúa un desplazamiento del sujeto de una posición intrínseca al texto a otra extrínseca. No hay lectura sin que se involucre el sujeto en la trama de lo que lee, no se lee como turista del texto, la lectura no es una contemplación, ni una fascinación, ni una comunicación. Es un ejercicio del narcisismo que divide al sujeto y es lo que la segregación moderna rechaza en el intento de reducir el lenguaje a una comunicación de abejas.

² « ...ce que nous en avons vu émerger, pour notre horreur, représente la réaction de précurseurs par rapport à ce que ira en se développant comme conséquence du remaniement de l'universalisation qu'elle y introduit. Notre avenir de marchés communs trouvera sa balance d'une extension de plus en plus dure des procès de ségrégation »

³ Frase pronunciada en una emisión televisada por Claude Levi Strauss y citada por Bernard Stiegler en France-Inter, el viernes 10 de diciembre 2004.



La estrategia que consiste en hacer desaparecer la diferencia como problema, es un estrategia psicotizante, la que al rechazar el Nombre del Padre, se entrega a la demanda de que el problema no exista. Ese rechazo es lo que se llama « forclusión ».

Para que haya discurso, es decir, lazo social, es necesario el lugar del otro. Y el otro es por definición, lo « otro », lo que no se es. El « igualitarismo » es una demanda inscribible en la « psicosis social ». Ya que la psicosis se define por el rechazo de la diferencia, el rechazo de lo distinto al dicho, el rechazo del decir.

La diversidad imprescindible. Claude Levi-Strauss

La diferencia como fundamento del lazo social es también sostenido por Claude Levi-Strauss. En dos conferencias dictadas en la Unesco, « Raza e historia » en el 1952 y veinte años después: « Raza y cultura » donde concluye que una civilización en la uniformidad es inconcebible.

No se elimina la segregación eliminando las diferencias. Por eso, no se elimina al racismo eliminando las razas. Se trata, en cambio, de reconocer las diferencias que suponen las razas sin juzgar a una como mejor que otra.

Por eso el título de la conferencia no es Raza o cultura, sino Raza y cultura. La conjunción en lógica indica lo que hay en común entre dos proposiciones diferentes. La conjunción es la manera como en lógica se escribe la separación. Es una relación donde hay dos, sólo es verdadera si cada uno de los términos es verdadero.

Las razas fueron el resultado de segregaciones en el sentido de elecciones. No presentan una constitución natural sino son el resultado de una endogamia en las elecciones. Hay una historia de las razas, no una existencia natural.



En la variedad de las culturas, las relaciones entre las sociedades humanas se definen por un « *óptimo de diversidad más allá del cual no podrían ir, pero por debajo del cual tampoco podría descender sin peligro* » (Levi-Strauss, 1952). De modo que la anulación de lo diverso, la ampliación de la convergencia y la afinidad, lejos de ser una promesa constituye un peligro. Explica que las sociedades humanas no se desarrollan nunca en el aislamiento sino en una relación de oposición con otras. Sin embargo, esto no es reconocido y en cambio se responde con la aversión por el extranjero, con una xenofobia que se enmarca en la rivalidad imaginaria según la opción excluyente: yo o el otro. En franco desconocimiento que tanto uno como otro se constituyen como tales en y por la relación de uno con otro. Es la manera ineludible de construir una identidad en el lenguaje: alrededor de la diferencia.

Cita el etnocentrismo griego que « *confundía todo lo que no participaba de la cultura griega (y luego grecorromana) bajo el mismo nombre de bárbaro; la civilización occidental utilizó después el término de salvaje con el mismo sentido* » (Levi-Strauss, 1952, p.308).

La palabra bárbaro se refiere en su etimología al canto inarticulado de los pájaros, en contraste con el decir significativo del lenguaje. O sea, lo que el extraño emite como lengua, en la medida en que es desconocida por el oyente, se considera ruido, sonidos fuera del lenguaje, sonidos de la naturaleza. Es una segregación bruta del otro que habla, pero que cumple una función de afirmar la lengua propia, es un rival instrumental. La intimación es: « o se habla mi lengua (el griego) o no se habla. El logos se dice en mi lengua ».



Está claro que para los griegos, lo que humaniza es el logos. Bárbaro, además, registra una repetición: bar-bar, un intento de articulación, típico del niño en su tarea de adquirir el lenguaje, como el balbuceante mamá, papá o nene.

La segregación etnocéntrica consiste en considerar fuera de lo humano lo que yo en mi cultura no entiendo. Considerar que no es significativo lo que no lo es para mí. Según Thomas Schmidt, Plutarco dividía al mundo entre griegos y bárbaros. En su retórica de la segregación, bárbaro era aquel que se expresa de manera ininteligible, aquel que no habla la lengua griega y están desprovistos de logos. Además tenía la connotación de servil; cruel, inculto, desleal, violento, cobarde. La prudencia era la marca del griego, hombre distinguido. Los bárbaros se describen cubiertos con pieles de bestias y aspecto de extraños y temibles animales y que lanzan gritos inhumanos en contraste con el encanto griego.

C. Levi Strauss nos explica que la noción de humanidad que engloba sin distinción de raza o de civilización de la especie humana, aparece muy tardíamente. Que para la xenofobia etnocéntrica, aquellos considerados como salvajes, consideran a su vez como salvajes a quienes los segregan y proceden a la misma « actitud de pensamiento », por la cual la humanidad termina en las fronteras de la tribu, del grupo lingüístico, « al punto que gran número de poblaciones llamadas primitivas se designan a sí mismas con un nombre que significa « los hombres », (o a veces- diremos que con más discreción ?- los « excelentes », los « buenos », los « completos ») implicando así que las otras tribus, grupos o pueblos no participan de las virtudes o aún de la naturaleza humana, sino que a lo sumo se componen de « malos », de « perversos », de « monos de tierra » o de « liendres ». A



menudo se llega a privar al extranjero de ese último grado de realidad, haciendo de él un « fantasma » o una « aparición » (Levi-Strauss, 1952, p.309).

Esta versión del otro como un otro espectral es la culminación de la rivalidad imaginaria.

En la segunda conferencia : « Raza y Cultura », precisa sobre la xenofobia como experiencia histórica, donde « periódicamente cada cultura se afirma como la única verdadera y digna de ser vivida , sin duda la hostilidad, a veces aún la guerra, puede extenderse de una cultura a otra, pero se trata sobre todo de vengar injurias, de capturar víctimas destinadas al sacrificio, de robar mujeres o bienes, costumbres que nuestra moral reprueba, pero que no llegan jamás, salvo en escasas excepciones, a la destrucción de una cultura como tal o a su sojuzgamiento pues no se le reconoce una realidad positiva » (Levi-Strauss, 1972, p.25).

Es decir, antes de los tiempos modernos, la xenofobia no ponía en peligro las existencias respectivas. Incluso Levi Strauss cita la actitud complementaria a la xenóba: la del exotismo. Donde el extranjero goza del prestigio de lo exótico y encarna la posibilidad de extender los lazos sociales.

Es interesante observar que la pasión por lo lejano y distinto no constituye una superación de la xenofobia. Puede incluso estar al servicio de ella. Ya que lo que verdaderamente desafía al sujeto en su relación a la alteridad es lo que Freud llamó: pequeñas diferencias. Ocuparse por lo remoto y diferente le permite al sujeto eludir la diferencia que lo separa de sus más próximos, la que se acentúa entre elementos parecidos y que Freud llamó: rasgo unario.

Es un pequeño detalle, un trazo banal pero particular que hace de soporte del sujeto en su singularidad. Es la pequeña diferencia que se encamina hacia la construcción del



objeto que Lacan escribió con una letra minúscula: a. El purismo en la lengua es un rechazo de las pequeñas diferencias. Y la pequeña diferencia que recorta el rasgo unario no es exótica, es una pequeña diferencia narcisística, la que involucra al sujeto.

Hay por otro lado la gran diferencia, la operada por el Falo simbólico, la que instaura el campo de la significación que en un monoteísmo del lenguaje determina a toda significación como fálica. La alteridad del otro es lo no cubierto por la significación. En la significación el otro está cubierto por la envoltura fálica.

Pero si la significación no se produce y sus dichos son incomprensibles, « como los sonidos inarticulados de los pájaros », aparece el otro en su alteridad, en su extrañeza de otro. Es el lugar donde estalla la xenofobia y su complemento: el exotismo. Este último, cultiva la idealización de la diferencia que es una manera de anularla.

La alteridad del otro está cubierta por el Ideal. El otro aparece como tal cuando no está cubierto por la identificación, la alteridad es algo no significado, es un más allá de la significación. En el narcisismo, el otro que el sujeto es respecto de él mismo, será revestido por la significación fálica, en un desdoblamiento en el cual el sujeto se toma a sí mismo como objeto y en tanto objeto, es otro.

No hay superposición entre el cuerpo propio y la imagen especular. Es lo que permite la especularidad. Sin diferencia no hay especularidad, no habría manera de distinguir el objeto de su imagen. La significación fálica envuelve al cuerpo y es lo que se escribe mediante los paréntesis: i(a). Esa envoltura es también barrera en relación al otro. Entre el cuerpo y su imagen, la envoltura fálica es una barrera infranqueable. Es lo que pone en escena la leyenda de Narciso. Nunca accedió al objeto, sólo a su envoltura. En la constitución propia del narcisismo se plantea la necesidad del otro para crear la identidad.



Que va a formar una identidad sin precedentes en la medida en que no será la equivalencia reflexiva de un término consigo mismo, sino la identidad entre « a » y « i(a) » o sea entre dos términos diferentes.

En resumen, Claude Levi Strauss indica ante el extranjero, en la historia que se extiende hasta la modernidad, dos actitudes complementarias: la xenofobia y el exotismo. Una segregación que no aspira a la destrucción de la cultura del otro como tal ni pone en peligro la existencia del otro. Es una segregación donde cada cultura se afirma como la única verdadera y digna de ser vivida. Por otro lado, el exotismo, donde el extranjero goza del prestigio de lo exótico. Son las dos caras de la rivalidad imaginaria (en la cual es necesario que el otro juegue su papel y por eso se lo preserva): la competencia y la admiración. Laertes rival de Hamlet.

Pero en los tiempos modernos, el signo de la segregación violenta cambió. Ya no se trata de la xenofobia, esa rivalidad imaginaria.

Levi Strauss cita a Joseph Arthur, conde de Gobineau, indicado por la historia como el padre de las teorías racistas, cuyo libro « Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas » fue publicado en Paris en el año 1855. Declara lo que él llama las pruebas incorruptibles de la superioridad de la raza blanca en el progreso de la humanidad. Recorta las tres grandes razas que constituyeron según su teoría el decurso de la humanidad: la blanca, la amarilla y la negra. Consideraba que las diferencias culturales se deben a aptitudes raciales innatas. Las razas eran las condiciones previas de la diversidad de las culturas históricas. Sin embargo la hipótesis se vuelve insostenible. Ya que la raza tendría ese valor explicativo si sus rasgos estuvieran desprovistos de valor



adaptativo, lo cual no resiste a ninguna observación. « El descenso a lo más profundo del cuerpo se reveló decepcionante » (Levi-Strauss, 1972, p.23).

Levi-Strauss en cambio, explica la cultura por el hecho de la diversidad. Dice « la civilización implica la coexistencia de culturas que exhiben entre ellas el máximo de diversidad; consiste inclusive en esta coexistencia. La civilización mundial no podría ser otra cosa más que la coalición, en escala mundial, de culturas, cada una de las cuales preservaría su originalidad » Y por si no quedó claro deletrea : « La exclusiva fatalidad, la única tara que pueda afligir a un grupo humano es impedirle realizar plenamente su naturaleza, es el estar solo».

Promueve la relación al otro como necesidad de discurso, y la uniformidad o el ensimismamiento como fatalidad. Responde a la forma de funcionamiento del deseo. No hay deseo propio o individual, el deseo funciona en una cadena, no hay deseo del sujeto que no pase por el Otro, el deseo es el deseo del Otro. No en el sentido de querer lo que quiere el otro, no en la pasividad, sino en la actividad del sujeto que responde con su deseo al deseo del Otro. La pasividad reside en satisfacer la Demanda, en cambio responder con deseo al deseo es actividad, es el campo de producción del sujeto. El lazo social no significa compartir el objeto sino que confronta a cada sujeto con la necesidad del objeto con el cual desear y encadenarse al deseo del Otro. No se puede desear solo.

Vemos que la globalización impide el desarrollo de las particularidades, impone una expansión sin pudor que suprime las barreras protectoras que preservan las separaciones necesarias entre los sujetos. La expansión industrial, el incremento de la rapidez de los medios de transporte y comunicación destruye esas barreras. Levi Strauss concluye sus conferencias recalcando que « una humanidad confundida en un género de vida único es



inconcebible» (Levi-Strauss, 1952, p.338) y que « lo que debe ser salvado es el hecho de la diversidad » (p.339).

La segregación moderna que instaura lo que Lacan denominó « psicosis social », apunta a eliminar la diferencia y al cuerpo que la soporte. No se rivaliza con la diferencia sino se la rechaza como algo que no debiera existir.

En la constelación loca neurótico-perversa, el defecto del Lenguaje se lo hace cargar al otro imaginario, los defectos son arrojados al otro y el yo queda en el lugar de los buenos atributos. En cambio en la psicosis la estrategia es la de hacer desaparecer el defecto, que el defecto del Lenguaje no exista, que no existan quienes ponen a funcionar ese defecto que se llama deseo.

Max Nordau, sombrío precursor⁴

Dégénérescence

Para Lombroso, psiquiatra italiano del siglo XIX, de gran influencia en la antropología criminal, existe el criminal congénito, así como el loco y el epiléptico, que forman la familia de « degenerados ». Su contemporáneo psiquiatra Max Nordau, va más lejos : « Los degenerados no son siempre criminales, prostitutas, anarquistas o locos declarados : ellos son también muchas veces escritores o artistas », que producen cuadros, libros y música « degeneradas », susceptibles de propagar el estado del espíritu enfermizo que los creó.

Nordau aplica la teoría lombrosiana de la degeneración a toda la literatura europea del fin del siglo XIX. Sostiene que se trata de obras malsanas, fruto del cerebro de autores medio-locos, que se prestan a corromper los espíritus de los lectores arrastrándolos a la decadencia. « ... aquel que se entusiasma, con Nietzsche, a ése le gritamos : « ¡fuera de

⁴ Dégénérescence, Max Nordau, Préface de Andrée Pace



la civilización ! ¡Vete a vagar lejos de nosotros !... y si te atreves a escurrirte en nuestras filas, te vamos a moler a garrotazos sin piedad. Aquellos que ven la civilización como un bien que tiene valor y merece ser defendido, aquellos, deben inexorablemente aplastar con el pie al gusano anti-social».

La violencia del ataque es proporcional a su hipótesis de una malformación genética como causa de todo lo que haga excepción. ¿A quiénes llama « gusanos »? A Zolà, Ibsen, Mallarmé, Chagall, Mondrian, Klee, Ernst, Verlaine, Rimbaud, entre otros. Ellos son « degenerados » que se prolongan en obras « degeneradas » que pervierten la civilización. ¿Qué les reprocha? El hecho de no ser clásicos. El arte, es clásico o es arte degenerado.

Cualquier barroquismo es considerado un defecto malsano que agusana la pureza de su idea de cultura. Y ya que el sujeto del inconsciente es un hecho eminentemente barroco, no podría hacerse reconocer en la ideología de Nordau ni en la de ningún idealismo.

Todo lo que indique un apartamiento de la norma clásica será interpretado por Nordau como signo de degeneramiento. Y sabrá reconocer también, en los artistas « degenerados », estigmas físicos. Como por ejemplo las orejas despegadas, que en Mallarmé serían la prueba evidente de su degeneración. Pretende hacer de ello una prueba científica: sobre las orejas largas y puntiagudas del sátiro « R.Hartmann, Frigerio y Lombroso han determinado la significación atávica y degenerativa de los pabellones de la oreja desmesuradamente largas y puntiagudas, y demostrado que se los encuentra sobre todo en los criminales y los alienados ».

Utiliza argumentos pseudo-científicos para demoler las obras de arte pero también para intimidar al público que las aprecia y las universaliza. Se orienta de acuerdo a la oposición



de dos grupos. Uno: instinto, inconsciente, capricho, libertad y el otro: conocimiento, consciencia, moral, civilización. Preconiza la consciencia contra el inconsciente, en lugar de la lectura del inconsciente como lo promueve Freud.

Obrar según el deseo no es según el capricho ni según el instinto, ni según las ganas. El deseo por estructura es el deseo del Otro. Por lo tanto, está en su fundamento la necesidad del Otro, la necesidad del discurso.

No hay articulación del deseo del Otro en el asesinato ni en la destrucción ni en la disolución del discurso. El deseo es la ley, que no es la ley criminal de Sade, es la ley relativa a la interdicción de la Madre. El deseo habita entre los dichos, en lo inter-dicto.

El sacrificio a los dioses oscuros, como la situación en la cual desemboca la moral kantiana en su imperativo de actuar según la forma vacía de la ley moral, verifica su carácter sadiano. La pureza de la crítica de la razón práctica, se revela en su dimensión eminentemente perversa.

Volvamos a Nordau, cuyo libro « Dégénérescence » aparece en Alemania en el año 1893 y en Francia, un año después.

Puesto que la historia es una declinación del discurso del cual depende, ese libro funciona como una de las fuentes discursivas de un hecho de segregación grosera. Fué en 1937 cuando el Tercer Reich organiza en Munich la gran exposición destinada a probar a los alemanes la decadencia del arte moderno, titulada: « Arte degenerado ». Hitler lleva a cabo las ideas de Nordau.

En esa exposición de 1937 se proponían dos salas. Una, donde se exhibían numerosas obras de los más grandes artistas modernos, Chagall, Otto Dix, Max Ernst, Paul Klee o Mondrian, puestas en paralelo con dibujos o cuadros de locos, recolectados en asilos



psiquiátricos, de modo de asimilar las obras al desvario. La otra sala, mostraba el arte auténticamente alemán, sano y figurativo.

No es una ironía de la historia - si se recuerda que Nordau era un activo adepto del sionismo- sino el hecho, una vez más, que lo determinante es el discurso, que decide el tipo de lazo social y sus consecuencias,

Para concluir este escrito

La segregación que apunta a la desaparición del portador de una diferencia o la globalización que vuelve uniformes los discursos, son estrategias inviables para vivir con un cuerpo en el Lenguaje.

Una contribución fundamental del discurso del psicoanálisis para afrontar el problema acuciante de la segregación en nuestra época, es hacer oír la estructura del narcisismo como nuevo principio de identidad. Aquel que escribe lo idéntico en la diferencia. Si se elimina la diferencia, se elimina la identidad.

No hay otra salida más que la de ser incautos de la estructura del Lenguaje. La violencia de la pretensión, el capricho o el privilegio tienen sólo la posibilidad de destruir pero no de triunfar sobre lo real de la castración que se traduce en lo que Sigmund Freud y Jacques Lacan llamaron: deseo.

En ese sentido, el estudio de la lógica y la topología para dar cuenta del sujeto, lejos de ser una coquetería técnica, es la referencia en lo escrito desde donde se analiza, se habla, se lee.

La clínica psicoanalítica no es una psicopatología, es la declinación de una estructura que se escribe, es la lógica del fantasma.



Referencias

Freud, S. (1973). Obras Completas. Psicología de las Masas y Análisis del Yo. Madrid :
Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1973). Obras Completas. Psicopatología de la Vida Cotidiana. Madrid :
Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1973). Obras Completas. Introducción al Narcisismo. Madrid : Biblioteca Nueva.

Lacan, J. (1998) Les Formations de l'Inconscient. Paris : Ed. du Seuil.

Lacan, J. (2001) Autres Ecrits. Allocution sur les psychoses de l'enfant. Paris : Ed. du
Seuil.

Lacan, J. (2001) Autres Ecrits. Radiophonie. Paris : Ed. du Seuil.

Lacan, J. (1966). Ecrits. Le stade du miroir. Paris : Ed. du Seuil.

Nordau, M. (2006) Dégénérescence. France: Max Milo

Pascal, B. Pensamientos. 455.

Vappereau, JM. (1997) Nœud. Paris: Topologie en Extension